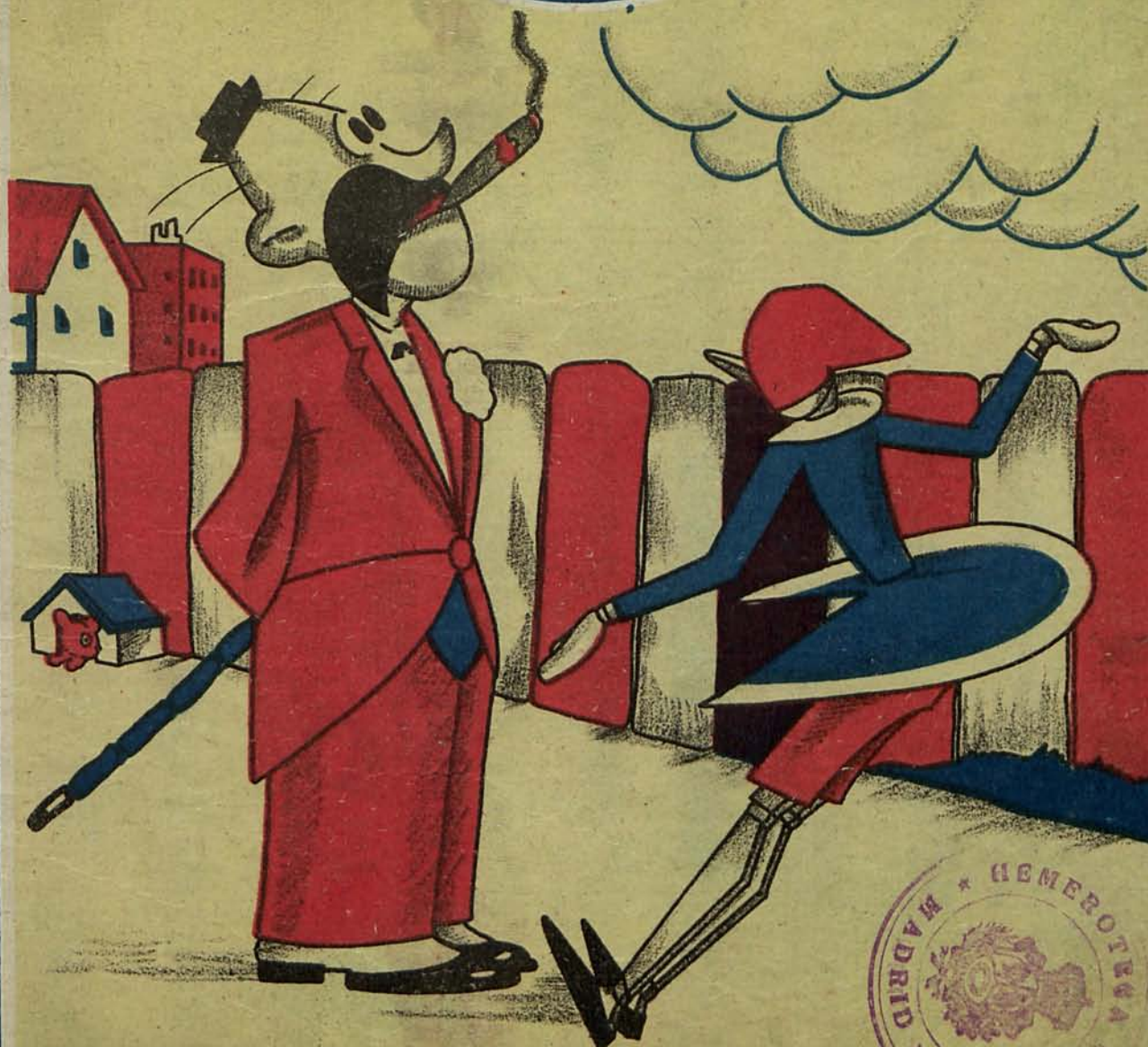


RINOCHO

AÑO III. N.º 120.

25 Cents.

5. JUNIO 1927.



- ¿NO DECÍA USTED AYER QUE NO IBA A FUMAR MÁS, DON TURULATO?
- Y ES VERDAD.
- ¡PERO SI ESTÁ USTED FUMANDO!
- SÍ, PERO NO FUMO MÁS, FUMO IGUAL QUE AYER!



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



LOS ALUDES DE LOS URALES

CUENTO POR EMILIO SALGARIN

La cadena de los montes Urales, que separa en una gran extensión Europa de Asia, tiene una gran celebridad por sus aludes.

Cada año, durante la estación invernal, un gran número de cabañas son destruidas y hasta pueblos enteros quedan sepultados bajo aquellas enormes masas de nieve junto con sus habitantes, y las víctimas se cuentan a veces a centenares.

Los vientos helados e impetuosos que soplan de la vecina Siberia producen esas catástrofes tan temidas.

La población es escasa en las faldas de aquellos montes; pero paga largamente su tributo al invierno.

Hace unos cuantos años, en un valle de aquellos montes se había establecido una familia compuesta del padre, un viejo minero, y dos muchachos, uno de quince y otro de diez años.

El minero había construido una casucha de madera, una *isba*, como las llaman los campesinos rusos, que procuró hacerla muy sólida a fin de poder resistir los aludes y había adquirido cuatro cabras del Tibet para que los muchachos las hiciesen pastar.

Mientras los chicos se iban por los valles de la montaña, el minero bajaba a los torrentes y trabajaba la arena buscando pepitas de oro, tarea muy dura, pero suficientemente recompensada. En tiempo de lluvia, cuando la abundancia del agua hacía imposible el trabajo, Gurko —que así se llamaba el viejo— marchaba a las selvas más intrincadas a cazar osos, aún muy numerosos en aquellas montañas.

Al llegar la noche, el viejo ordeñaba las cabras junto con los chicos y preparaba la cena, muy modesta, pero apetitosa para todos ellos, que trabajaban de sol a sol en la montaña.

El verano había pasado felizmente. Gurko había logrado una bonita cosecha de polvo de oro y los chicos

habían llenado el tejadillo de la *isba* de leña para poder hacer frente a los rigores de invierno.

También habían sido renovadas las provisiones, adquiridas en una aldea que se encontraba en la vertiente opuesta de la montaña. En los primeros días de diciembre la nieve ya empezó a caer copiosamente, cubriendo rocas y bosques, acumulándose en cantidades extraordinarias en las cumbres de la cadena.

El viejo Gurko habíase visto obligado a interrumpir sus trabajos y hasta sus cacerías, encerrándose en la choza junto con sus hijos y las cabras.

Ni siquiera se habría atrevido a dejarlos solos, porque sabía que la nieve hace bajar los osos al llano y había visto a más de uno acercarse a la parte de atrás de la cabaña. Además temía ser sorprendido por los aludes. ¿Qué habría sido de los dos muchachos si hubiese ocurrido una desgracia durante una de sus excursiones? Los pobrecillos habrían muerto indudablemente, por ser aún demasiado pequeños para pensar por sí mismos e incapaces de atravesar aquellas montañas abruptas en busca del pueblo más cercano.

Pero aunque el frío y la prudencia les obligaba a permanecer encerrados en su *isba*, no perdían inútilmente el tiempo.

Gurko, ayudado del primogénito, construía nuevos artefactos para trabajar las arenas auríferas, curtía las pieles de los animales muertos en sus cacerías o recomendaba los vestidos de todos, habilidad que había aprendido después de la muerte de su esposa. El menor de los chicos, en cambio, cuidaba de las cabras, les daba de comer y las ordeñaba mañana y tarde.

Había transcurrido ya la mitad del invierno sin que hubiese tenido lugar acontecimiento alguno, y Gurko empezaba a alegrarse de ello, cuando un mal día, mientras estaban sentados a la mesa comiendo la acostumbrada sopa de centeno con leche, oyeron un ruido





espantoso. Gurko se puso en pie muy pálido, diciendo a sus hijos:

—Debe haber caído un alud en el valle. Tiene que haber pasado muy cerca de aquí.

Salió, después de haber tranquilizado a los dos chicos, y se alejó un poco de la cabaña.

Un enorme alud, desprendido de la cumbre del Paulis Koj, el pico más elevado de aquella parte de los montes, había rodado hasta el valle, destrozando en su desenfundada carrera un gran número de viejísimas hayas, sepultándose en un profundo barranco.

Gurko, mirando hacia el picacho, se dió cuenta de que la masa de nieve se había hecho tan inmensa, que constituía un gravísimo peligro para su cabaña.

Nuevos aludes amenazaban rodar de lo alto y alguno podía pasar por el sitio en donde había buscado refugio su familia.

—Es preciso marcharnos —se dijo el viejo minero—. La vida de mis hijos es demasiado preciosa...

¡Marcharse! Era esto cosa fácil de decir; ¿pero cómo poner en práctica el proyecto? El pueblo más cercano estaba en la vertiente opuesta, a más de diez horas de caminc, y todos los pasos de los montes estaban impracticables a causa de la enorme cantidad de nieve ya caída. Además, ¿cómo arriesgarse por aquellos picachos y barrancadas con el frío intenso que hacía? ¿Lo habrían podido resistir los dos chiquillos? Gurko, dominado por estos pensamientos, había entrado en la cabaña, tratando de ocultar, aunque inútilmente, sus preocupaciones.

—Padre —le dijo Nicolás, que era el primogénito—, ¿ha caído un alud?

—Sí, hijo mío —contestó el minero—. Pero no os asustéis; no corremos peligro alguno.

—Yo no tengo miedo —dijo el pequeño Miguel—. Mis cabras tampoco se preocupan de los aludes.

—Marchaos a la cama y dormid tranquilos —dijo Gurko—. Nuestra *isba* está segura.

Les acompañó a su pequeña alcoba y cuando los oyó roncar volvió de nuevo a salir.

Estaba muy intranquilo y sentía por instinto que un gran peligro les amenazaba.

Afuera soplaba un viento impetuoso, el cual, después de haber recorrido las heladas regiones de Siberia, se desencadenaba contra los montes, aullando y rugiendo de mil modos diversos. Viniendo del bosque oíanse roncoss aullidos de los lobos, y a lo lejos algún ruido sordo anunciando la caída de un nuevo alud.

—Hasta los lobos parecen estar inquietos —dijo el minero—; cualquiera diría que esta noche tiene que suceder alguna desgracia.

Estuvo un rato bajo el tejadillo, delante de la cabaña, expuesto a la nieve menuda que el viento arrastraba y luego entró, sentándose junto a la estufa, todavía encendida.

Los dos muchachos dormían plácidamente, roncando. Parecía que habían olvidado ya el peligro que amenazaba la cabaña.

Gurko, en cambio, sentía aumentar sus temores y prestaba oído atento a los rugidos siempre más agudos del viento siberiano.

Por fin, cansado de la larga vigilia, se quedó amodorrado junto a la estufa.

¿Cuánto tiempo durmió? No sabría decirlo.

De pronto fué despertado por los aullidos de los lobos. Parecía que aquellos anima-

les huyesen, pasando por cerca de la cabaña.

Un rumor sordo que aumentaba con increíble rapidez llegó a sus oídos.

Precipitose hacia la puerta ante el temor de que estuviese a punto de llegar la desgracia presentida.

Estaba a punto de abrirla, cuando toda la cabaña osciló espantosamente cual si hubiese sufrido el choque de una enorme masa.

—¡Nicolás! ¡Miguell! —gritó, lanzándose hacia la alcoba—. ¡Huid! ¡El alud!...



(Continuará en el número próximo.)

LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA

¡ESTÁ USTED CADA VEZ MÁS JOVEN, SEÑORA FIFI!

¡NO SE EXTRAÑE USTED!

¿NO VE QUE SOLO TENGO DIEZ Y OCHO AÑOS?

¡HA DADO USTED EL NÚMERO CAMBIADO!

¡HA DADO USTED EL NÚMERO CAMBIADO!

¡HA DADO USTED EL NÚMERO CAMBIADO!

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO

¡CARAY, HOY TENGO PATO PARA ALMOZAR!

¡AH! ¡SI YO SUPIERA NADAR!

¡A MÍ, ESE PATO NO SE ME ESCAPA. ¿TENDRÁ ESTO MUCHA PROFUNDIDAD?

¡OYE, PERRU- CO! ¿ESTÁ MUY HONDO ESTO?

¡HASTA MI CUELLO, NADA MÁS!

¡BAH! ¡NO HAY PELIGRO! ¡ALLÁ VOY!

¡ESE PERRO ME HA ENGA- NADO!

¡SOCORRO!

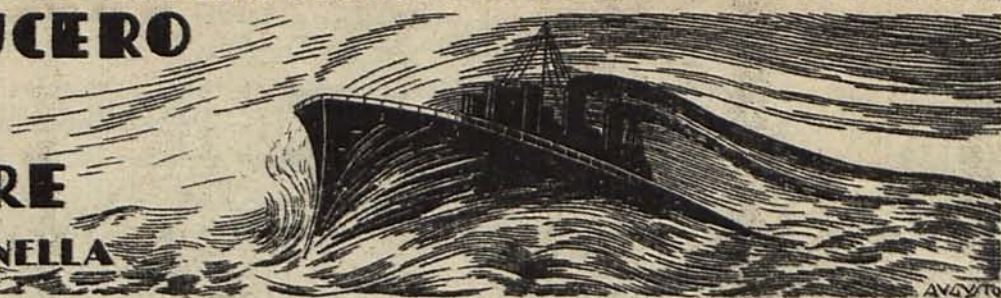
¡ME HAS DE JURAR QUE NO VOLVERÁS A COMER PATO EN TU VIDA!

¿POR QUÉ ME DIJISTE QUE EL AGUA TE LLEGABA AL CUELLO NADA MÁS?

¡PORQUE ERA VERDAD!

EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

Perdonad, mi capitán, si me extiendo en todos estos particulares.

Es que éstos fueron precisamente la causa... de la desgracia.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabréis a tiempo; escuchadme aún.

Al lado del carro venían, a pie, algunos hombres con calzones amarillos, faja azul y costados adornados con largas franjas de seda de varios colores; llevaban en la mano una larguísima caña de bambú, en cuyas puntas centelleaban al sol, pues era mediodía, grandes manojos de juncos en flor y adornos de cintas de seda, de oro y de plata.

Detrás iban más hombres a caballo y luego una turba de gentes de todas clases, pintoresca, escandalosa.

Miss Ellen quedó como encantada al verlo, y yo pregunté a un europeo que estaba a mi lado qué era aquéllo.

—Es un cortejo nupcial—me contestó, mirándome—; los esposos son los dos que van vestidos de rojo.

—Debe tratarse de algún príncipe—añadió.

—Os engañáis; son simplemente personas acomodadas.

—Como llevan tanto lujo...

—Es la costumbre del país, señor mío.

Mi interlocutor se expresaba en inglés, y le observé por algunos instantes.

Pues bien; sentí una rara impresión; me pareció encontrar en él cierta semejanza...

—¿Con quién?—preguntó el capitán Davy.

—Con vos—respondió Patrick—. Pero no pude hacer mi examen con tiempo, porque en aquel momento llegaba el cortejo, y la turba que le seguía, engrosando cada vez más, llenaba la calle.

Fui arrojado contra una casa y separado de miss Ellen; comencé a dar codazos para reunirme a ella, pero de pronto me encontré frente al europeo con quien había hablado poco antes.

Me agarró por un brazo, y me dijo:

—Míster, si queréis asistir a la ceremonia, venid conmigo.

—No—respondí, soltándome, ya que me arrastraba lejos del lugar donde debía encontrarse miss Ellen.

El incógnito se alejó, y me pareció percibir en sus labios una extraña sonrisa. Poco después la calle quedaba de nuevo libre y yo busqué con los ojos vuestra hija.

Había desaparecido.

La llamé, corrí detrás de aquel maldito cortejo, en la duda de que hubiese seguido tras de él; volví a buscarla; nada, no la volví a ver.

Miradme, capitán; no soy ni mi sombra, tras cuatro días de tremenda desesperación y de busca inútil. He jurado no abandonar este desdichado país sin haber vuelto a encontrar, viva o muerta, a miss Ellen, y mantendré mi juramento.

¡Ay, de mí, vos me la habíais confiado, y ya véis el uso que he hecho de vuestra confianza!

Maldecidme, quitadme la vida, tenéis derecho a hacerlo; no me quejaré, pues la culpa es mía y mío debe ser el castigo.

Al decir estas palabras, nuestro pobre amigo estaba plenamente convencido de su sinceridad, pero no se daba cuen-

ta de que, habiéndose propuesto ocultar al capitán Davy parte de la verdad, se acusaba sin razón.

Lo ocurrido en aquel misterioso suceso, nosotros podemos decirlo, era algo diferente.

La locura que se había apoderado de miss Ellen había sumido a la infeliz muchacha en un estado de tranquila inconsciencia, que no se revelaba en todos sus actos, sino que aparecía a intervalos con accesos de estrepitosa hilaridad, provocada a veces por un motivo insignificante, y que laceraba el corazón de quien se veía obligado a oírlo.

La misma miss Ellen había querido desembarcar y se había divertido muchísimo viendo pasar el magnífico cortejo nupcial; pero cuando Patrick, intimidado por la turba que llenaba la calle, había querido guiarla, ella se había soltado de su mano procurando alcanzar el carro en que iban sentados los esposos, fascinada en su pobre mente enferma por la singularidad del curioso espectáculo. Después, ¿se había extraviado, o había sido raptada? ¿Quién era el europeo a quien Patrick había preguntado por el cortejo? El capitán Davy leyó en el semblante del joven toda la desesperación que le destrozaba el corazón, y tuvo compasión de él.

—No tengo nada que reprocharle, mi buen Patrick—dijo al mismo tiempo que dos lágrimas de fuego rodaban por sus mejillas—; todo es obra de una cruel fatalidad que, de poco tiempo a esta parte, nos persigue, ayudando a los planes de un miserable enemigo nuestro.

Ten ánimo, como yo procuro tenerle, y pensemos juntos en reparar esta nueva y terrible desventura.

Patrick, conmovido por la generosidad de su capitán, tomóle la mano derecha, intentando besársela. Pero Jaime Davy lo impidió, estrechándole, en cambio, contra su pecho, y los dos hombres permanecieron así durante algunos momentos, apretados, mudos, unidos por el mismo profundísimo dolor.

—Ea, reflexionemos—continuó después el capitán Davy, sosegándose—; necesitamos sangre fría y energía.

—La tendremos—repuso el marinero.

—¿Qué opinas tú de la desaparición de Ellen?

—¿Qué sé yo!

—¿No podría haberse extraviado?

—Me parece imposible.

—¿Por qué?

—Porque hubiera terminado por saber algo, por tener algún indicio.

—Entonces...

—¿Qué?

—No puede formularse más que una hipótesis.

—Temo adivinarla.

—¿Sí?

—Miss Ellen fué robada?

—Lo temo.

—¿Pero por quién?

—Los sucesos lo dirán.

—En ese caso, ¡ay del culpable! Patrick sabrá encontrarle dondequiera que esté, aunque sea en el infierno.

—Dejémoslos de palabras inútiles; es preciso comenzar a obrar inmediatamente.

—¿Pero cómo, quién nos dará un indicio, un guía, un...?
En aquel momento oyóse un ruido, como si arañasen la puerta del camarote, acompañado de empujones y un continuo gruñir.

Los dos hombres se miraron; de pronto el capitán Davy se dió una palmada en la frente, mientras aparecía en sus ojos un rayo de júbilo.

—¡Ah, aquí está el que sabrá encontrar a Ellen!—gritó, corriendo a abrir la puerta—. Entra, mi buen Black, y perdona que te hubiéramos olvidado... ¡Aquí, aquí está el más precioso y valiente de los perros!

El alano entró de un salto en el camarote, con impetu, cubrió de caricias a sus dos amigos y después se sentó frente a ellos, sobre sus patas traseras, erguida la cabeza y mirándoles fijamente como para decirles:

—Estoy a vuestra disposición; decidme qué hay que hacer. ¡Ea, manos a la obra!

El capitán se lo mostró a Patrick.

—¿Ves?, nos entiende—dijo visiblemente conmovido—. ¡Oh!, él sabrá encontrar el rastro de Ellen, del mismo modo que, siguiendo el de Alberto Wendover, supo descubrir el tuyo, Patrick.

Fué Dios quien lo hizo, y nosotros debemos confiar en Su bondad y en la inteligencia de Black.

Sígueme, amigo.

—¿Dónde vamos?

—A casa del Cónsul inglés.

—¡Ah!

—Es nuestro y nos ayudará por todos los medios.

—Bueno, pues vamos allá.

Los dos hombres salieron acompañados del valiente alano, despidiéndose del oficial del *Standard*, prometiéndole volver antes de la noche, y se dirigieron al Consulado de Inglaterra.

El Cónsul los acogió con los brazos abiertos, y, conocido el nuevo motivo que allá los conducía, púsose por completo a su disposición; luego, dirigiéndose al capitán Davy, le dijo, mirándole fijamente:

—Apostaría a que habéis terminado por olvidar a aquel bribón de Alberto Wendover.

—Es posible; no lo niego.

—Tranquilízase; ya me he preocupado de ello.

—¡Demonio!

—Os lo juro.

—¿Y cómo?

—Venid a verlo.

—El Cónsul inglés condujo a los dos hombres a la ventana y, señalando hacia el mar, les indicó un crucero en cuyo mástil ondeaba la bandera británica.

—¿Véis aquel barco?—preguntó.

—Ya lo creo!

—Pues bien, va a salir inmediatamente en persecución de nuestros señores fugitivos, y os aseguro que ni tiene las piernas torcidas ni cerbatanas por cañones.

—¡Caracoles!... Esos malvados van a pasar un mal rato.

—Eso creo yo.

—¿Pero cómo ha podido ser esto?

—De modo bien sencillo. Al descender de a bordo del *Standard*, vi un crucero que entraba en el puerto; se me ocurrió la idea de lanzarlo contra el velero, que marchaba a escape, y, para ponerla en práctica al momento, tomé un coche, me hice conducir a la rada, tomé allí una lancha, abordé nuestra nave e informé al comandante de todo lo sucedido, y él se mostró satisfecho de poder tomar a su cargo tal empresa, prometiéndome no perder tiempo en llevarla a cabo.

Y, en efecto, mirad: ahora vira para ponerse en marcha.

¡Vive Dios! Vamos a ver quién se rie esta vez.

Señores, si queréis compartir mi mesa, me alegraré de teneros en mi compañía; no hay cosa mejor que una tajada de *roastbeef* y una botella de Sherry para aclarar las ideas y abrir el corazón a la esperanza. Háganme el favor de

aceptar el convite. ¿Cómo no aceptar la invitación de un hombre tan generoso que no sólo olvidaba toda etiqueta, sino también la disparidad de condición social que existe entre un Cónsul, un capitán y un simple marinero?

Pero aquél era un hombre de corazón y nuestros amigos aceptaron con entusiasmo.

VII

LO QUE SUCEDIÓ A MOP



MIENTRAS ocurría lo que acabamos de contar, Mop se disponía a obrar por cuenta propia, quedándose en Batavia con el firme propósito de no perder de vista al hombre sobre el cual recaía toda la culpa de aquellos dolorosos sucesos: Mister Flaxman.

El antiguo inquilino de las prisiones inglesas había sido inducido a tomar tal decisión por una interesante conversación sostenida con el Presidente de los fenianos de Liverpool, conversación que le había revelado lo que nuestros lectores, hasta ahora, tampoco han sabido, a saber, cómo el anciano y miss Polly habían podido adquirir la seguridad absoluta sobre la culpabilidad del antiguo cajero.

Nos apresuramos a reparar esta omisión en consideración a que las circunstancias conocidas por Mop están íntimamente ligadas con los sucesos que vamos a relatar.

M. Flaxman era un hombre malo por naturaleza, sobre ello no puede haber la menor duda; pero era uno de esos malhechores que se hacen más peligrosos porque saben aparentar virtudes de que no hay en ellos ni la menor sombra.

Tenía una pasión ciega y desenfrenada: el juego; y una gran ambición por escalar los más altos puestos de la escala social y financiera. Era asiduo concurrente a una de esas numerosas casas de juego clandestinas que tan concurridas se ven en las grandes ciudades, semejantes a monstruos devoradores de conciencias y de dinero. La noche del 28 al 29 de Julio de 1880, agitado por la infamia cometida, excitado por la avaricia del oro, habíase reunido con quienes solía, había tomado parte en el juego, había perdido casi por completo las cincuenta mil pesetas robadas; después, por un improvisado cambio de suerte, había comenzado a ganar, a ganar rápidamente, de una manera enorme. Cuando volvió a casa era casi rico, pero diez de los billetes que formaban la cantidad robada le faltaban.

¿En manos de quién habían caído?

Lo ignoraba, pero no se preocupó de ello, ebrio de gozo por el completo éxito de su trama y por la realización de sus ilusiones. Al día siguiente se supo la detención de Alberto Wendover, y los periódicos de la tarde traían, juntamente con el relato de lo sucedido, los números de los billetes desaparecidos.

Tampoco esto preocupó a Flaxman; estaba convencido de que el que los poseyese sería el último en denunciarle por no comprometerse a sí mismo.

Cuál no sería, por tanto, su estupor y su inquietud, cuando, dos horas después de la publicación de los periódicos, un desconocido fué a solicitar de él cinco minutos de conversación privada para hablar de asuntos en extremo delicados.

El que debe, teme: Flaxman comenzó a temblar y el temor se le cambió en verdadero espanto apenas su interlocutor le dijo estas palabras:

—Mister, anoche habéis sido mi adversario en el juego y he tenido el honor de ganar algunos billetes de banco.

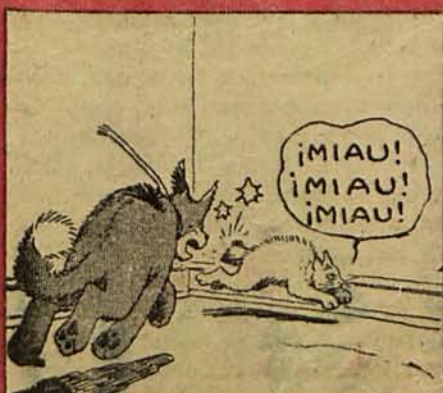
(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ANITA BUEN- CORAZON





CUENTOS DE CALLEJA

EL ESCARMIENTO

Castillo

JUANILLO era un muchacho soñador, con la cabeza llena de viajes y de aventuras, y más propicio a enzarzarse a pederadas con sus amigos que a ir a la escuela a aprender lo que sirve de base a toda nuestra vida.

La lectura de novelas le traía tan revuelto el seso, que un día, después de *hacer novillos*, se marchó a campo traviesa en busca de las aventuras y de las sorpresas maravillosas que había leído tantas veces.

Esperaba, por lo visto, encontrarse un tesoro a la vuelta de cada árbol, o un genio bienhechor que le llevara a su palacio encantado, de donde surgirían esclavos, caballos, comestibles y monedas para comprar juguetes y bombones.

Cierto día en que oyó hablar de Cochinchina, le pareció que debía de ser un país donde se atan los perros con longaniza; y como los perros le gustaban mucho y la longaniza más, se dijo:

—¡Me voy a Cochinchina!

Y se puso en camino inmediatamente.

Anda que te anda, llegó a un monte donde se encontraba un pastor, y, acercándosele, le preguntó:

—¿Es usted cochinchino?

El pastor, ofendido por la pregunta, pues vio en ella una broma de mal gusto, le contestó irritado:

—Ahora lo vas a ver—. Y le dió tal puntapié, que a poco le deja cojo.

Después se le llevó a la choza y allí le dijo:

—Me ayudarás desde mañana a guardar el rebaño, y, a cambio de ese trabajo, te permitiré que comas lo que me sobre, que no será mucho.

Y desde aquel día, el infeliz muchacho fué prisionero y esclavo del pastor, el cual le trataba de un modo cruel.

Apenas si el pobrecillo probaba otro alimento que los huesos que sobraban al pastor, y los tales huesos tenían tan poca carne, que un can hambriento los hubiera dejado por imposibles.

El pobre Juanillo intentó mil veces escaparse; pero el pastor vigilaba de suerte que no podía conseguirlo.

Y como nada aguza el ingenio tanto como el hambre, Juanillo dióse a pensar en el medio de procurarse alimento, mientras lograba huir de aquella choza maldita.

El pastor guardaba los comestibles en un arca vieja y apolillada, que cerraba con llave, de la cual nunca se separaba. Una tarde que Juanillo quedó encerrado en la choza, se industrió de suerte que consiguió levantar una tabla del fondo de la arquilla, sin producir fractura ni señal alguna que pudiera denunciar aquella violencia. Metió la mano por la abertura, y, ¡oh, delicia!, un hermoso chorizo, rojo como la amapola e incitante como

la gula, fué el producto de su primera intentona. Por aquel día el hambre fué conjurada, y el pastor no advirtió la merma que sufrían sus vituallas, sin duda por su confianza en que el arca era inexpugnable. Pero a fuerza de tientos y acometidas, disminuyeron las provisiones de un modo tan alarmante, que el pastor no tuvo duda de que alguien le desvalijaba. Entonces se puso al acecho, y mal lo hubiera pasado Juanillo si hubiera descubierto su treta. Pero aquella noche logró escaparse, y anduvo por el monte hasta que vió a lo lejos una lucecita. Acercóse, y se encontró en una cabaña desierta, en cuyo hogar brillaba un hermoso fuego. En él había puesta una sartén, y dentro de ella un guisado que exhalaba un olor apetitoso.

—Aquí debe de vivir alguien—se dijo Juanillo—, porque hasta ahora no he visto que ningún guisado se haga sólo. Esperaremos que vengan los dueños.

Tal era su hambre, y su impaciencia tanta, que, a los cinco minutos, decidido a no esperar más, cogió un pan que estaba sobre la mesa, cortó una rebanada y la metió en la sartén; pero aún no había tocado la salsa, cuando salió volando por la chimenea. Un conejo que se estaba guisando en la sartén saltó de ella, dió una vuelta por la cabaña a todo correr, y se volvió a meter en el guisado.

Quedó sorprendido Juanillo; mas como era muy travieso y tenía un hambre devoradora, volvió a cortar otra rebanada, y quiso mojarla en el contenido de la sartén. Entonces las trébedes se convirtieron en tres





patas de caballo; pusiéronse en pie dentro de la sartén tres conejos, y todo aquel aparato comenzó a correr por la choza con un galope desenfrenado. Bajó por la chimenea un hombrecillo armado de un palo y empezó a golpear al sorprendido muchacho, hasta que empuñó éste una silla y, tirándosela al enano, lo derribó. En el acto se apagó el fuego y desapareció la cabaña y Juanillo se encontró en un nido de águilas situado en lo más alto de un inaccesible despeñadero. Los aguiluchos le picaban, dando feroces graznidos; y al ruido de ellos acudieron las águilas padres. Viéndose Juan perdido, retorció prístamente el pescuezo a los aguiluchos, y, empuñando una piedra, la disparó con tal acierto, que fué a dar en el pico de una de las águilas, dejándola chata para todos los días de su vida. La otra, viendo mal herida a su compañera, se lanzó sobre el muchacho y, cogiéndole por la americana, se remontó con él en el espacio; pero Juanillo no se asustaba tan fácilmente, y, agarrándose a una de las patas del ave, apretó con tal fuerza, que el águila bajó a tierra más que aprisa, dejándole muy cerca de su pueblo. Juanillo creyó terminados sus apuros; mas no contaba con la huéspeda, y ésta fué una tremenda cigüeña que, acercándose y pasándole el pico por el lomo, dijo con acento de conocedora:

—¡Qué rico estará con tomate, para que nos lo comamos mis hijos y yo en casita!

Y cogiendo al muchacho entre sus larguissimas patas, remontó el vuelo a la altura de los campanarios, y, vuela que vuela, a los pocos minutos llegó a su nido. Los pequeñuelos, apenas le divisaron, comenzaron a gritar:

—¡Ya viene papá cigüeña con la merienda!

Al llegar Juanillo al nido se encontró con ocho formidables picos abiertos por la dulce esperanza de merendárselo, y, decidido a no dejarse comer, se preparó a la lucha. Al primer cigüeñito que le quiso meter mano, le introdujo en el pico el talón de la bota, por lo cual el animal contestó, después de apretar cuanto pudo sobre la suela:

—Papá, esto no es carne; a lo más, es bacalao sin remojar, y hoy no es día de vigilia.

Al oír esto el padre quiso ver si era cierto lo que su hijo decía y clavó el pico en el supuesto bacalao de Juanillo.

Pero éste comenzó a repartir puñetazos a diestro y siniestro, encojando a uno, aliquebrando a otro y dejándolos a todos magullados y patidifusos.

Después se bajó del nido y echó a correr.

A poco se encontró muy cerca de su pue-

blo; tan cerca, que veía perfectamente el campanario de la iglesia; pero, por más que andaba, no acababa nunca de llegar a los arrabales. Juanillo se desesperaba moviendo las piernas, despacio, deprisa, al trote, a gran velocidad; pero, nada: el pueblo siempre estaba a la misma distancia, y pasaba el tiempo y Juanillo no llegaba nunca al objeto de sus ansias. Rendido por aquel inútil ejercicio, dejóse caer al pie de un árbol y se quedó dormido.

Al despertar se arrojó, y, completamente arrepentido de sus travesuras, pidió perdón a Dios fervorosamente y emprendió de nuevo la caminata. Esta vez dieron resultados sus esfuerzos, y aunque le pareció que la distancia no era para haber tardado tanto, por fin llegó al pueblo, y, en cuanto distinguió la puerta de su casa, cayó casi desmayado de júbilo sobre el umbral.

—¡Qué alegría—pensaba—van a llevar mis pobres padres cuando me vean! ¡Qué intranquilos habrán estado durante mi ausencia!

¡Y qué equivocado estaba!

Cuando llamó y le abrieron la puerta, sus padres se negaron a reconocerle. Su hijo, su Juanillo, no era el muchacho astroso que se les presentaba. Su hijo querido se estaba vistiendo en aquel instante para ir a la escuela, en donde no había faltado ni un solo día.

Juanillo creyó que se trataba de una broma, pero pronto comprendió que la cosa iba de veras al ver asomar por el corredor a un niño absolutamente igual a él en cara, traje y cuerpo.

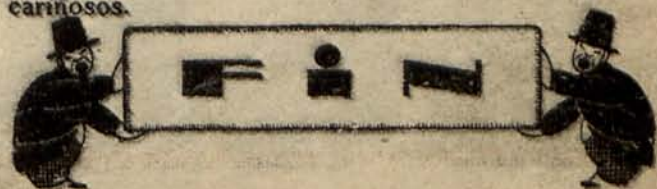
Por poco se vuelve loco de asombro y de sorpresa.

—¡Pero, padres! Si no soy Juanillo, ¿quién soy yo?—gritaba entre sollozos y sufriendo un tormento muy grande.

—Tú eres—dijo el otro Juanillo—el hijo de estos buenos ancianos. Yo he tomado tu apariencia por permisión divina, para evitarles el dolor de tu pérdida. Ahora que vuelves arrepentido, ocupa tu lugar en esta casa y procura ganar el que te corresponde en el cielo. No olvides que Dios ama a los niños que respetan y quieren a sus padres.

Y dicho esto, el ángel desapareció, dejando en la casa un reguero de celestiales perfumes.

Desde aquel día, Juanillo fué un modelo de hijos cariñosos.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Vas a explicarme por qué el agua apaga el fuego.
—Ya sé por qué me lo preguntas. Has visto pasar a toda marcha el automóvil de los bomberos ¿Verdad que sí?
—No lo he visto porque no me ha dado tiempo para verlo; pero he oído el repiqueteo de la campana con que van avisando su paso, y cuando me he asomado al balcón ya habían pasado. ¿Por qué tocarán tanto la campanita?
—Para evitar desgracias y accidentes. El fuego es una cosa que va muy de prisa y hay que ir también muy de prisa para atajarlo. Gracias a esa campanita todos los vehículos que la oyen se paran en el acto y dejan el paso libre al automóvil de incendios.
—A mí se me ponen los pelos de punta cada vez que la oigo.
—No creas que siempre que la oyes hay fuego.
—Yo creía que sí.
—Pues muchas veces se trata sólo de un simulacro de auxilio que se hace para que el público y los conductores de vehículos se acostumbren a dejar libre el paso.
—Me parece muy bien. Un fuego es una cosa terrible y todos debemos ayudar en lo que podamos a extinguirlo. Y contéstame ahora a lo que te he preguntado. Dime, pues, por qué el agua apaga el fuego.
—Primero has de contestarme a lo que yo voy a preguntarte.
—Tú dirás.
—¿Sabes lo que hace falta para que una cosa arda?
—Prenderle fuego.
—¡Valiente perogrullada!
—No sé qué quieres decirme entonces.
—Quiero decirte que las cosas no arden igual en todos los sitios. Para que una cosa pueda arder hace falta oxígeno. El fenómeno de arder, llamado combustión, no puede efectuarse sin oxígeno. Es decir, que en un sitio donde no haya oxígeno no puede haber fuego.
—Ni tampoco nosotros podríamos vivir.
—Desde luego.
—Pues entonces al fuego le hace falta lo mismo que a nosotros el oxígeno. Pero dime, mi sabio buho, ¿el agua no tiene oxígeno?
—El agua se compone de dos partes de oxígeno y una de hidrógeno.
—No comprendo, pues, como el agua apaga el fuego. Debía ser al revés, porque si el fuego se alimenta de oxígeno y el agua se lo da..
—Este oxígeno que tiene el agua no arde porque para combinarse con el hidrógeno ha tenido que pasar por una combustión que lo hace refractario al fuego.
—Esto es lo que yo no sabía. Me explico ahora perfectamente que el agua, a pesar de tener gases tan inflamables como el oxígeno

y el hidrógeno, no pueda arder. Lo que no me explico todavía es por qué no deja tampoco arder a las demás cosas.

—Es bien sencillo. Te he dicho antes que el fuego se alimenta del oxígeno que hay en el aire. Si a una cosa que está ardiendo la privas de este oxígeno, se apagará, ¿no es eso?

—Así debe ser.

—Pues al echar agua sobre un objeto que esté en combustión, lo que realmente se hace es envolverlo en una capa que lo aísla del oxígeno del exterior. Los mismos resultados se obtienen echando arena o encerrando el objeto que arde dentro de una campana. Tú mismo puedes hacer una sencilla prueba.

—¿No tiene peligro?

—Eso ni se me pregunta a mí. Ningún experimento que yo te propongo encierra peligro alguno.

—Bueno, no te enfades, y dime qué he de hacer.

—Coges un cabito de vela, lo enciendes y lo cubres con un vaso de cristal. Verás como rápidamente se apaga la vela. Sólo arderá el tiempo que tarde en consumirse el oxígeno que haya dentro del vaso.

—¡Qué lástima que los bomberos no tengan una campana capaz de poder cubrir con ella las casas que se incendian!

—No te quepa duda que sería un medio de extinguir el fuego con seguridad y rapidez. Pero ya comprenderás que no hay ni que pensar en semejante recurso. No pasa de ser una fantasía.

—Naturalmente.

—Ya sabes una de las razones por la que el agua apaga el fuego.

—¿Una de las razones nada más?

—Te digo esto porque además el agua tiene la propiedad de que absorbe mucho calor. Tiene lo que se llama absorción calorífica.

—¿Quieres explicarme qué es eso?

—Suponte tú que dentro de una palangana pequeña donde haya agua metes una esponja que sea, por lo menos, tan grande como la palangana, ¿qué ocurrirá?

—Que el agua de la palangana se la absorberá la esponja.

—Pues hazte cuenta que el agua es una esponja que absorbe el fuego. Esta propiedad de absorción es lo que se llama propiedad calorífica, y es la que hace también que el fuego se apague.

—Y la que hace también que se apague la sed, ¿verdad?

—La sed no es el fuego, querido Chonón.

—Pero también la apaga el agua.

—Conforme. Si te parece ya hablaremos de esto otro día. Hoy ya es tarde.

—Quiere decirse que nos vamos.

—Ahora mismo.

—Pues adiós, amigo buho.

—Adiós, amigo Chonón.

VIDA PINOCHISTA

Todos los suscritores de PINOCHO son listos, guapos y muchos son guapísimos. En esta galería de retratos podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aserciones.



Adela Rubio Moreno.



Los formidables futbolistas de la clase de Primer grado del Colegio Cantabro (Santander).

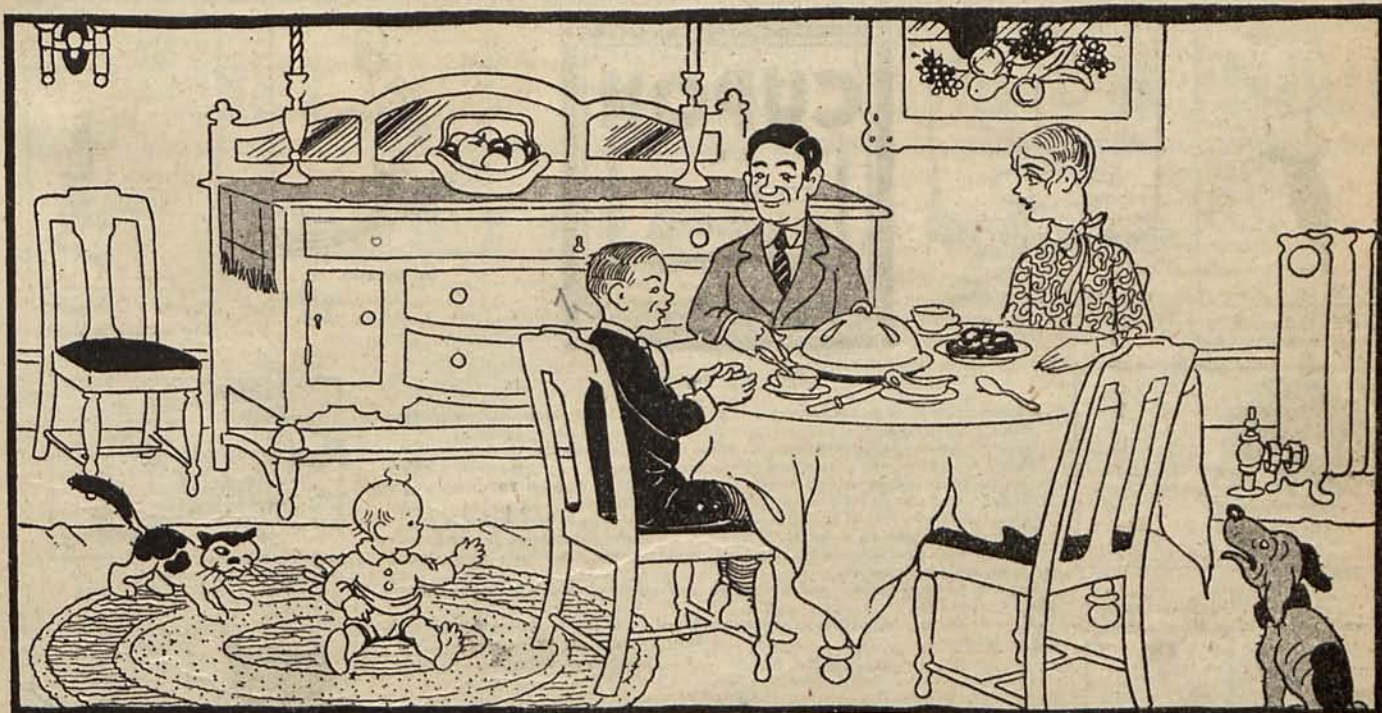


Alvaro Maórtua de Limpias.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

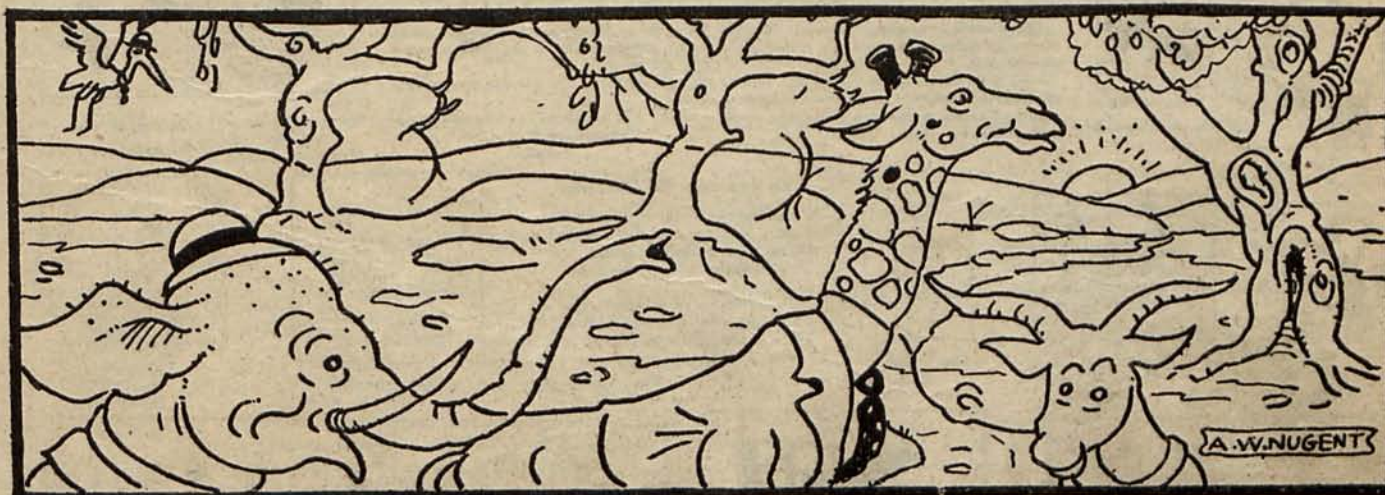
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Nuestro dibujante ha sorprendido a Pepito en el momento de empezar a comer en compañía de sus papás. Les está contando lo que ha visto en el cine el último jueves al ir con su colegio acompañado del maestro. El dibujante, entusiasmado con la conversación de Pepito, se ha distraído y ha cometido algunos errores, nueve. Son facilitos de encontrar. Como ejemplo os diré que uno de ellos es que el papá de Pepito tiene en el cuello de la camisa pajarita en un lado y en el otro no. ¿Cuáles son los otros ocho?

LA TORTUGA GIGANTE



Un elefante, una jirafa, una cabra y una tortuga de gran tamaño salieron un día de excursión al amanecer. Llevarían andados unos dos kilómetros, cuando la tortuga empezó a protestar del pasito que llevaban, pues la pobre iba con la lengua fuera. En vista de que no la hacían caso y de que cada vez iban sus compañeros más de prisa, decidió separarse de tan desagradable compañía y hacer el viaje por su cuenta. ¿Dónde se encuentra la tortuga?

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JUNIO

Todos los Pinochistas pueden colaborar en esta sección, pero es condición absolutamente indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente.



Harum el Raschid.
BORJA ARTEAGA. 10 a.



Pinocho, mi mejor amigo
y mi mejor Revista.
J. ORDEN.
Trece años.



Un alpinista.
LUZ UCELAY.
Doce años.



Pinocho y Currinche.
LUIS GARCIA DI MARCO.
Diez años.



MI CASA.
ALFONSO PERALES HERRERO.

Pinocho, cazador.

El pueblecillo de X estaba consternado y a la vez tristísimo porque una grande águila comía a todas las ovejas, y alguna que otra vez a los niños muy pequeños. Pinocho, nuestro héroe predilecto, no podía soportar tal infamia. Un día del mes de agosto se encaminó con mucha valentía y con paso firme y animado al sitio donde ordinariamente residía la voraz águila; pero, no pudiendo encontrarla, se durmió en uno de los picos de una de las montañas. Durante la noche vino el águila, le cogió a nuestro héroe y le llevó a su nido. En el nido, Pinocho se despertó, y mientras el águila descansaba, la mató, como igualmente a los aguiluchos, pues pensó que cuando fueran más viejos y fuertes comerían los mismos desastres. Después de ocurrido esto, se fué al pueblo y allí relató su aventura, que le hubiera podido costar cara. Al fin de ella fué aclamado y ovacionado calurosamente por la gente, y sobre todo por los niños.

JOSE M. AGUIRRE Y OLABARRI.
Trece años. Bilbao.



Un gato y su presa.
VICTOR FERNÁNDEZ.



Rosa de Versalles.
A. CARRASCO.
Diez años.



La princesita Carlinda.
EUGENIA Y NENITA PEREIRA.



Don Turulato.
ANTONIO M. COSPEDAL.



Morronguis.
B. R. HERNÁNDEZ.



Pirula.
ANTERO MELA.



Acorazado.
JUAN M. SALIS.
Diez años.



Una lechuza.
B. R. H.

La oración de Pinocho.

Cuatro esquinitas tiene mi lecho.
Cuatro diablitos me quitan el sueño:
Esther García, Luisa Gener,
Cuchita Buby y Mercedes Rey.

Todos me piden un solo desco:
Todos me piden les haga cuentos.
Yo se los hago, apago la luz,
Quedo dormida y amén Jesús.

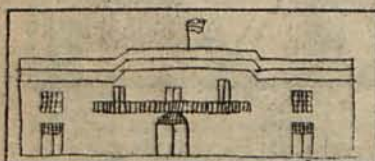
MERCEDITAS REY.
Trece años.



Del natural.
L. G. DE M.



Pirulita.
E. TREJOS.
Doce años.



Fachada del ayuntamiento de Huelva.
A. MONDÉJAR.

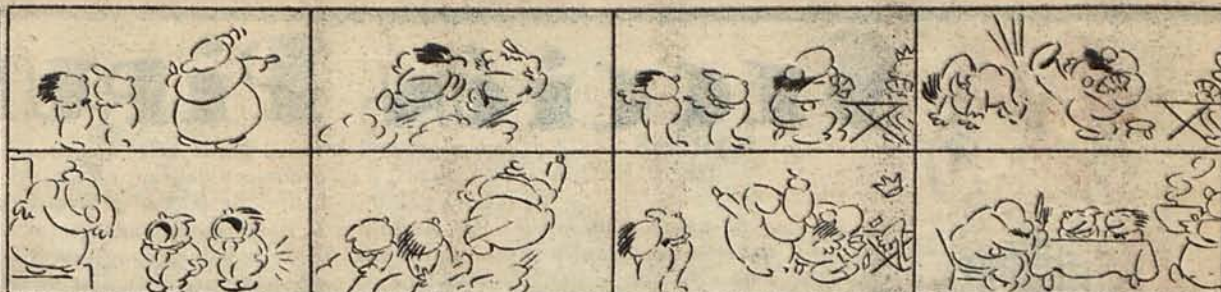


Siluetas de un cañón.
RAMIRO HERNÁNDEZ.



La banda de mi pueblo.
IGNACIO MARTÍNEZ. Cinco años.

¿QUÉ
PINOCHISTA
QUIERE
DIBUJAR
LAS CARAS
DE LOS
PERSONAJES
DE ESTA
HISTORIETA?



EN EL NÚMERO PRÓXIMO

SE REANUDARÁ LA PU-
BLICACIÓN DE LA ESTU-
PENSA HISTORIETA DE

COLORÍN Y SU PANDILLA



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la saga cincuenta céntimos en sellos.

Luis Cabello Mazas.—Es muy bonito, muy bonito tu cuento, pero adolece de un defecto. Claro que para el cuento no es un defecto, pero sí para su publicación en mi Revista. Es demasiado largo. Le sobra más de la mitad. Tú, que te manifestas tan inteligentísimo en este difícil arte de las letras, no encontrarás seguramente dificultad alguna en reducir el texto a las medidas prudenciales que me permitan publicarlo. Así lo espero, querido Luisito. Tuyo incondicional.

Manolita Sañudo.—Cuando tu dibujo se haya publicado, pondrá Pirula en un dije que lleva colgado al cuello el estupendísimo original. Es lindo el retrato que le has hecho. ¡Qué bien, qué bien la has sacado! Enhorabuena y abrazos.

Ernesto Díaz, Josefina Raga y Manuel Mendiola.—Todos los elogios son pocos para enaltecer el mérito de vuestros dibujos. Me han gustado muchísimo. Pero hechos con lápiz no pueden publicarse en mi Revista por la sencilla razón técnica de que no pueden reproducirse. Esos mismos dibujos, hechos a pluma, serían admirados por miles de Pinochistas; pero tal como los habéis mandado no puede ser. Vuestra es la culpa, porque casi no hay número de mi Revista donde no haga la advertencia de que los trabajos deben hacerse con tinta. Vuestro siempre.

Manolita Uzaeta.—El retrato que me has enviado está tan borroso que ni se te conoce ni casi se ve tu figura. No me atrevo a publicarlo porque en la reproducción siempre se pierde algo, y este retrato no tiene nada que perder, pues todo está perdido. Sería conveniente, si quieres verte en las páginas de mi Revista, que me envíases otro más presentable. Te abraza.

Andrés Somoza.—Desde luego, todos quedan admitidos y saldrán en cuanto les llegue su turno. Todos son preciosos y ponen muy alta tu firma artística. Mi enhorabuena y mis abrazos.

Pepito Mediano.—A un Pinochista tan inteligente como tú no se le puede ocurrir semejante cosa. Al cesto de los papeles sólo van a parar las cosas inútiles; lo que no sirve para nada, o lo que por su mal gusto sólo sirve para

tirlo. Tus dibujos están a miles de miles de kilómetros del cesto de los papeles. Nadie ha pensado en tal disparate. Irán a mi Revista porque son merecedores de este honor y de los elogios más calurosos. No hay que ser tan modesto, querido Pepito. Tuyo incondicionalmente.

Amparito Moran.—Mi más entusiasta felicitación por el magnífico trabajo que me has enviado. Lo he leído varias veces y cada una de ellas ha servido para que encontrara en el lindo cuento nuevas bellezas. Eres una cuentista formidable, queridísima Amparito. Excuso decirte que en seguida que le toque su turno saldrá en mi Revista. Abrazos muy apretados de Pirula, Anita, Laura, etc., etc.

Elena Mata.—Me han dejado maravillado tus soberbios dibujos. Y lo mismo le ha sucedido a Don Turulato, y a Paco Morronguis, y a Anita, y a Pirula, y a todos, en fin. Son unos dibujos de primerísima categoría. ¡Lástima que el tamaño a que hay que reducirlos, por exigencias de la Revista, no permita publicarlos muy grandes, muy grandes, con todos los honores de presentación que merecen. Te enviamos todos una felicitación muy entusiasta y muchos y muy apretados abrazos.

Mario Pérez Sanz.—Recibí tus soluciones de pasatiempos. Están archivadas esperando el momento (que ya está al llegar) de que sean juzgadas por el Jurado que se constituirá al efecto. Puedes, por tanto, tener la tranquilidad de que no se han perdido. Morronguis me encarga te dé las gracias por tus cariñosos recuerdos, que afectuosamente te devuelve con un apretado abrazo mío.

Pincho

CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA TODOS LOS PINOCHISTAS

A petición de gran número de Pinochistas, organizamos este nuevo **Gran Sorteo de Regalos**, en el que puedan tomar parte no sólo los suscritores, sino **todos los lectores de PINOCHO**. Los premios, como siempre, magníficos, serán los siguientes:

- 1.º Un auto Citroen igual que los anteriormente sorteados.
- 2.º Una estupenda bicicleta.
- 3.º Doscientas pesetas en dinero.
- 4.º Un baúl «trousseau» de muñeca.
- 5.º Cien pesetas en dinero.

Para tomar parte en este sorteo habrá que reunir los cupones que publicaremos desde hoy hasta el último número de Setiembre de 1927. En dicho número publicaremos una plantilla, en la cual habrán de pegarse todos los cupones publicados y remitirlos en la forma que entonces explicaremos.

Cada Pinochista tendrá que escoger su número. Los cinco Pinochistas que escojan números más aproximados a los cinco primeros números de la **Lotería de Navidad**, serán los que obtengan los cinco premios de nuestro **Cuarto Gran Sorteo de Regalos**.

Los demás detalles serán publicados oportunamente.



PINOCHO

SORTEO DE REGALOS
DE NAVIDAD DE 1927

CUPÓN N.º 1

Ayuntamiento de Madrid

SECCIÓN PIRULA

CHARLAS
DE PIRULA



El almohadón-fetiché.—Yo conocía a un niño que se llamaba Alberto y lo llamaban Totó; cuando se acostaba, decía: «¡Ojalá tenga

pesadillas!» Le gustaba soñar cosas terribles; por ejemplo, que se caía en un pozo sin fin; o que, como en las películas, le raptaban unos enmascarados; o que se moría de hambre ante unos platos de dulces succulentos que se alejaban de él en cuanto iba a probarlos, ni más ni menos que lo que le sucedía a Tántalo, aquel señor de la Mitología, cuya historia seguramente conoceréis.

¿Os choca esta afición de Totó por las pesadillas? Pues no es tan absurda como parece, porque es lo que él decía «¡Hay que ver el alegrón que tengo luego, al despertarme y encontrarme bien tranquilo y seguro de que estoy en mi camita, y lo bien que me sabe mi buen tazón de café con leche, con pan y manteca!».

Y, naturalmente, no le gustaba soñar cosas agradables, como por ejemplo, que se había vuelto tan listo que de pronto se sabía todo lo que hay que saber en el mundo; o que le habían nombrado rey y todos eran a reverenciarle y a ofrecerle tesoros; o que se hallaba transportado en Jauja, donde, según se dice: «No hacía frío ni calor. Las fuentes públicas echaban agua de limón, gaseosa y refresco de todas clases. Junto a las fuentes había grandes bandejas con jamón en dulce y bocadillos de ternera. Los guardias de orden público repartían bombones y caramelos a los transeúntes. Las aceras estaban alfombradas... etc...» (1).

Le daba rabia soñar tales maravillas porque después de haberlo sabido todo se encontraba más ignorante que nunca y se daba cuenta de lo mucho que le quedaba por estudiar para ser siquiera un sabio mediano; y a la vuelta de Jauja no había golosina que le satisficiera; y, después de haber reinado sobre un país entero, no apreciaba debidamente la mayor de las felicidades que puede tener un niño: y es la de reinar... en el corazón de sus papás.

Yo no sé si a vosotros os pasará lo mismo que a Totó; pero me figuro que no; lo más corriente es que prefiera uno los sueños agradables a las pesadillas. Pues si queréis evitarlas, os aconsejo primero que cenéis siempre ligeramente; luego que os acostéis, o inmediatamente de cenar, o transcurridas tres horas después de la cena, que no bebáis nunca agua en medio de la digestión, y, por último, que os durmáis siempre sobre el costado derecho. Tomadas todas estas precauciones, queda una, ¡oh!, pero una que es infalible: y es la de poseer en su cama un almohadón-fetiché. (Ya sabéis que yo, esto de los fetiches, lo digo en broma; los niños inteligentes y las muñecas ídem, no toman en serio tales bobadas).

Estos almohadones se hacen ahora mucho, no sé si porque son fetiches o simplemente porque no dejan de tener cierta gracia. El modelo que os presento aquí puede

reproducirse bordado, o con telas recortadas en marrón y rojo oscuro o en granate y negro, por ejemplo. La barba se fabrica con unas hebras de lana o de grueso algodón perlé.

Por cierto que la cara reproducida es tan fea, tan rara y tan impresionante, que más indicada parece para inspirar pesadillas que para evitarlas; pero como es un fetiché...

Almohadones modernos.—Estos dos almohadones tienen cuatro ventajas importantes —cuatro para cada uno ¿eh?—; la primera ventaja es la del colorido, muy fuerte y muy alegre; la segunda es la de la economía y sencillez de su confección; la tercera ventaja es la de su originalidad y modernismo, y la cuarta... bueno, de la cuarta hablaremos luego, es la más interesante de todas, especialmente para vosotros, mis amiguitos queridos.



Estos almohadones se hacen con telas que no se compran; quiero decir con recortes de telas que se encuentran en casa: sobras de cortinas o de trajes viejos, trapos, al parecer inservibles; lo mismo sirven estos trapos si son todos de algodón, de terciopelo, de seda o de vulgarísima balleta, que combinados unos con otros.

El almohadón cuadrado se compone de un cuadro de tela roja, sobre la cual, a pocos centímetros de la orilla, se pega una trencilla, galón o vivo negro; otro galón, vivo o trencilla igual, bordea el cuadrado del centro, que va en azul fuerte.

El almohadón triangular se compone de tres trozos de tela cortados en triángulo; el trozo más grande es negro, el que va pegado encima es amarillo y el más pequeño, que forma el centro, es verde. Cada triángulo se separa del siguiente con un punto de cordón o de cadeneta, bordado con lana negra que forme contraste con los tonos vivos de las telas. Ahora que os habéis percatado de las ventajas de economía, sencillez, alegría y originalidad de mis almohadones modernos, me preguntaréis, sin duda, «y la última ventaja, ¿cuál es?».

La cuarta es que estos almohadones ayudan a saberse las lecciones sin trabajo.

Basta para ello con colocar el libro en el cual hayáis de estudiar la lección debajo del almohadón sobre el cual descansaréis la cabeza durante la noche. (Claro que esta clase de almohadones no sirve para cama; pero se coloca uno blanco encima y ya está).

Pero, y preguntaréis, ¿cómo es posible que con colocar el libro debajo del almohadón se aprenda la lección sin estudiarla?

Así es, os lo afirmo; ahora que para mayor seguridad conviene hacer preceder esta pequeña operación de otra, que es la siguiente:

Os leéis la lección, atentamente, hasta seis veces, sin dejar un solo instante de fijaros en lo que estáis leyendo y con la firme voluntad de grabároslo en la memoria.

Luego, ya no tenéis más que colocar el libro como os digo, dormiros, y, al día siguiente, os sabéis la lección de pe a pa.

El sistema es infalible.

(1) Véase Pinocho en Jauja.